

12.º domingo ordinario B

Por tanto, no valoramos a nadie por criterios humanos. Lo viejo ha pasado, ha llegado lo nuevo. (2 Co 5,16.17)



Primera lectura

Job 38,1.8-11

El Señor habló a Job desde la tormenta: – ¿Quién cerró el mar con una puerta, cuando salía impetuoso del seno materno, cuando le puse nubes por matillas y niebla por pañales, cuando le impuse un límite con puertas y cerrojos, y le dije: "Hasta aquí llegarás y no pasarás, aquí se romperá la arrogancia de tus olas"?

Segunda lectura

2 Corintios 5,14-17

Hermanos y hermanas: Nos apremia el amor de Cristo, al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Cristo murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos. Por tanto, no valoramos a nadie por criterios humanos. Si alguna vez juzgamos a Cristo según tales criterios, ahora ya no.

El que vive con Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha llegado lo nuevo.

Evangelio

Marcos 4,35-40

Aquel día, al atardecer, dijo Jesús a sus discípulos: – Vamos a la otra orilla. Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban. Se levantó un fuerte huracán y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. El estaba a popa, dormido sobre un

almohadón. Lo despertaron diciéndole: – Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?

Se puso en pie, increpó al viento y dijo al lago: – ¡Silencio, cállate!

El viento cesó y vino una gran calma. El les dijo: – ¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?

Se quedaron espantados y se decían unos a otros: – Pero ¿quién es éste?

¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!

Meditación

La proclamación del reino del Dios no se reduce solamente al anuncio de la Buena Noticia, sino que implica también los beneficios de esta proclamación. Y como quiera que el anuncio se refiere a la liberación respecto de todo lo que amenaza a la existencia humana, vemos que el segundo evangelista levanta rápidamente el telón y nos ofrece la imagen de un Jesús que milagrosamente salva y sana a los hombres de las más diversas amenazas que están a punto de "alinearse" su vida. Una apologética posterior, profundamente racionalista, ha hecho de los "milagros" de Jesús un argumento cuasi matemático para "demostrar" el origen divino de sus obras, de sus discursos e incluso de su persona. Pero, prescindiendo de esta tentativa racionalista hay que subrayar un doble aspecto.

En primer lugar, es casi imposible distinguir un acontecimiento milagroso del que no lo es recurriendo a los límites de la potencia humana, ya que estos límites nos son todavía desconocidos y nuevos descubrimientos han demostrado que lo que ayer se consideraba efecto de unas fuerzas extrañas o sobrenaturales, hoy se tiene bien localizado en cuanto a su causalidad concreta.

Además, en los evangelios estos hechos "extraordinarios" no necesariamente están en el orden de la capacidad del hombre o de la naturaleza, ya que, cuando Jesús alude a sus "señales" o "milagros", pone en el mismo plano la curación de los enfermos y el anuncio de la Buena Noticia a los pobres.

El segundo aspecto es también muy importante: el relato ha llegado a nosotros solamente como testimonio de un creyente, o sea: el narrador ha tomado posición, con su relato, por una cosa que no puede demostrarse, sino solamente testimoniarse, a saber: que en este acontecimiento Dios se dirigía y se dirige a los hombres y busca su fe. Y, en efecto, el evangelista no se engaña a sí mismo y a sus lectores, ya que pone explícitamente la fe como factor esencial del beneficio milagroso. En una palabra: no es propiamente el milagro el que, mediante un mecanismo racionalista, produce la fe, sino la fe la que, mediante un mecanismo divino gratuito, produce el milagro.

Aparte de esto, lo que más impresiona en la lectura de este pasaje es el innegable trasfondo de la imagen divina tal cual aparece en el AT. Allí aparece Dios dominando las fuerzas contrarias del mar. Así se explica la pregunta de los discípulos: "¿Quién es éste...?". Jesús no es como los profetas, que hacían largas oraciones a Dios para que calmase el mar. Lo calma él mismo. He aquí otro punto esencial y recurrente del segundo evangelio: Jesús es Hijo de Dios, aún más: Dios.